

30/5/1960 930

EL LABERINTO Y EL HILO

América Latina, caricatura y realidad

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Cuando a Juan Liscano le encomendó el editor Pierre Seghers, de París, reunir una antología del cuento latinoamericano se dio el escritor venezolano con una primera dificultad, la de responder previamente a lo que los europeos consideran como característico y diferente de nuestro carácter, nuestra cultura, nuestro ser. Frente a una colección de relatos de autores propios de este continente —era, más o menos el criterio del editor—, los lectores habrían de buscar un modo de existir, una conducta, un pensamiento, etc., sustancialmente distintos de los propios, tal cual ocurre, por ejemplo, con respecto a la literatura oriental antigua y moderna traducida. Pero en el concepto europeo, lo americano de esta parte deviene de las viejas civilizaciones autóctonas y, por ende, posee las más radicalmente opuestas a Occidente. Esta leyenda, por otro lado, ha sido alentada y explotada por los mismos latinoamericanos, que han querido ser allá menos el fruto de un mestizaje, en el cual lo occidental ha fuertemente prevalecido, que la ficción de un mundo autónomo e independiente de las poderosas influencias de la conquista y la emigración europeas. Esa invención resulta, a la postre, más poderosa que toda la verdad, y el éxito de un narrador como Jorge Luis Borges es tenido por la crítica como el de un artista sólo por casualidad nacido en estas latitudes, no como el de un legítimo latinoamericano.

De ahí que la buena acogida que ha merecido la novela "Le sang acide", de Guy Ponce de León —peruano radicado en Francia, cuya lengua es el francés—, se sustente en el supuesto ambiente típicamente sudamericano de la historia relatada. La presencia en ella de un dictador asesinado, de un comunista desengañado, de un indígena que muere de miedo a un dios ancestral, de una anciana —también india— que recurre a exorcismos mágicos, todo dentro del marco de una ciudad medio aletargada —un poco Lima, según la descripción, aunque con ciertos toques de Río de Janeiro—, en donde la multitud, alimentada de carne seca y frijoles negros, es víctima de las intrigas de ciertos aristócratas que desdeñan a sus hijos naturales cholos y se hacen retratar por grandes pintores de París, es el sazonzador exótico de sucesos que pueden ocurrir, en verdad, en cualquier punto del globo. Gracias al condimento pintoresco (brujería, intriga cortesana, carnaval pánico, crimen lustral, discriminación racial, política genuflexa y muchas otras especias más), que se admite como genuino de nuestros países y su idiosincrasia, se nos presenta ahí como naciones en la más balbuceante infancia, balkanizadas hasta un punto ridículo, carentes de toda conciencia libre y moderna, en las cuales son lejanos —si no imposibles— la cultura y el progreso. Tal vez el cuadro que pinta Ponce de León haya alguna vez, en términos muy generales (principios del siglo XIX), existido, pero es evidente que hoy América Latina es el campo de un grande y trascendental proceso de transformación económico-social y no es rompecabezas de pequeñas reyecías concupiscentes que administran sus parcelas en tanto aplastan con la bota a una masa servil y estupefacta. Pero esta verdad no interesa, a lo que parece, a la avidéz exotista de los editores y lectores de Europa, que nos quieren caricaturescos, esperpénticos, bárbaros.

Queda a salvo la calidad noveladora de Ponce de León, por supuesto, pero ella sufre mengua evidente en relación con ese propósito de emplear ciertos tópicos inciertos o falsos para procurar un interés ancilar, no literario, a su obra, que el sello de Calmann Levy, uno de los más prestigiosos de Francia, ha puesto en circulación. Lamentablemente cada vez menos los escritores de América Latina pueden proveer a las prensas del viejo continente de narraciones con sátrapas, ceremonias mágicas, bandoleros feroces, pájaros y animales insólitos, venganzas de feroz primitivismo. Darán, con la originalidad del particular talento de cada cual, la versión eterna del drama humano: un hombre o un pueblo que persiguen su razón última, la vida o dios, la justicia o el amor, y ello en una ciudad como todas las ciudades, en medio de una naturaleza en el fondo como toda la naturaleza, mediante la fuerza he-

roica o suicida de la criatura humana que es siempre, pese a vivir o actuar a las orillas de una cultura que no quiso que su plenitud rebasara generosamente sus límites. Entonces, cuando nos acepten así, nuestros libros, nuestros cuadros, nuestras melodías, nuestra alma, en suma, ofrecerán a las gentes de Europa esa particularidad, hecha de esencia y no de apariencias falaces, que aportamos a la humanidad de siempre.